

ANÁLISIS Y ESTUDIOS

Retos del África Subsahariana
en los próximos diez años:
Una mirada al caso del Sahel

Mbuyi Kabunda

ABRIL 2020



Con la colaboración de:

© CIDEAL, 2020

© Mbuyi Kabunda

Fundación CIDEAL de Cooperación e Investigación

Calle Guzmán el Bueno, 133

Edificio Germania, planta 10

28003 Madrid (España)

Tel.: (+34) 91 553 84 88

Correo electrónico: cideal@cideal.org

www.cideal.org

Diseño de cubierta y maquetación: Estudio Punto y Coma

Fotografía de portada: Quang Nguyen Vinh

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa del editor.

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja necesariamente la opinión de la Fundación CIDEAL de Cooperación e Investigación ni de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

Índice

Presentación	4
1. Una aproximación teórico-práctica a los retos de desarrollo del África Subsahariana	5
2. Los retos de desarrollo de África Subsahariana en los próximos años: posibles soluciones y transformaciones estructurales	13
3. Contribuciones desde la cooperación internacional para el desarrollo y la Cooperación Sur-Sur	16
4. Conclusiones.....	22
Bibliografía	23

Presentación

La Fundación CIDEAL de Cooperación e Investigación contempla, como una de sus señas de identidad, la relativa a aunar y acompañar las actuaciones prácticas que lleva a cabo en el terreno con la generación de reflexión y conocimiento. Se trata de dos ámbitos de trabajo complementarios que se retroalimentan entre sí.

Este planteamiento cobra particular relevancia en ciertos contextos geográficos donde no existe tanto saber hacer como en otras áreas que tradicionalmente han recabado mayor atención por parte de la cooperación internacional. Es el caso del Sahel, región de particular importancia para la cooperación española, donde a las problemáticas en el plano político y socioeconómico se suman los desafíos en materia migratoria, medioambiental y de seguridad.

Con este propósito, CIDEAL pretende animar un debate constructivo y propositivo, recabando para ello puntos de vista de especialistas de distintos ámbitos que, desde diferentes perspectivas no siempre coincidentes, puedan incentivar la reflexión y ampliar nuestro conocimiento. En este contexto, la presente publicación recoge la contribución del Profesor Mbuyi Kabunda, reconocido académico y africanista que desde hace décadas viene trabajando sobre distintas dimensiones de la realidad del continente. En este artículo presenta su propia visión sobre los retos de desarrollo en África Subsahariana en la próxima década, con una mirada particular al caso del Sahel, aportando algunas claves sobre las posibles contribuciones desde la cooperación internacional.

Esta iniciativa, que será acompañada de otras reflexiones desde otros enfoques, es parte de la labor llevada a cabo por la Fundación CIDEAL en materia de sensibilización, generación de conocimiento y promoción del pensamiento crítico para la consecución de una cooperación internacional para el desarrollo más eficaz. Así mismo, se inscribe en la línea de trabajo desarrollada por CIDEAL en países del Sahel con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

Fundación CIDEAL de Cooperación e Investigación

1. Una aproximación teórico-práctica a los retos de desarrollo del África Subsahariana

Estado de la cuestión

Desde hace siglos, exploradores, misioneros, militares, diplomáticos, cooperantes y personal humanitario acudieron al socorro de África, y la triste constatación que hoy se puede hacer es que África ha salido más enferma que antes. De ello cabe concluir que o bien el diagnóstico no ha sido acertado; o bien que la receta no ha sido la más adecuada, por ser en muchos casos la medicina peor que la propia enfermedad. E, incluso, se puede hablar de ambas cosas a la vez: el mal diagnóstico y las recetas erradas.

La verdad es que, en la actualidad, África se presenta como el continente más pobre y donde las desigualdades de ingresos, tanto entre los países como dentro de ellos, son las más importantes del planeta. En este continente la crisis del desarrollo se ha acompañado con el desarrollo de la crisis, a pesar de la tendencia actual a la recuperación (se habla del renacimiento africano, el *Africa rising*, el despegue africano o el momento o arranque de África), pues se trata de un “crecimiento sin desarrollo” al no acompañarse de avances significativos en los aspectos de desarrollo humano (reducción de las desigualdades sociales) y de justicia social. Es verdad que se vive mejor en África que hace 100 años, pero también un poco peor que hace 60 años.

Es evidente que, lejos de contribuir al desarrollo de África, las preocupaciones internacionales influidas por las tesis afropesimistas paternalistas y de la patologización de los africanos raras veces les permiten a éstos expresarse sobre las necesidades del continente, pues prevalece la idea según la cual no tienen respuestas a sus problemas y no están suficientemente capacitados para proponer soluciones. Se presenta a menudo a África como víctima impotente de sus propias insuficiencias y deficiencias (Maathai, 2009). Por eso denunció esta situación Anne-Cécile Robert (2006: 24), para quien desde hace siglos se impone todo en este continente, desde las preguntas hasta las respuestas.

Se hace necesaria en el caso de África una nueva concepción del desarrollo (la pobreza es la parte visible de la crisis de los modelos de desarrollo experimentados hasta la actualidad, modelos equiparados con la occidentalización) y un nuevo proyecto de sociedad (primacía de lo social sobre lo económico, igualdad de género y promoción de la mujer), junto a la cooperación Sur-Sur.

Pero, ¿cuáles son las razones del subdesarrollo y del empobrecimiento de África y las eventuales soluciones o perspectivas?

*Mbuyi Kabunda es Profesor del Instituto Internacional de Derechos Humanos de Estrasburgo (IIDH) y del Máster de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM)

Las diferencias de desarrollo con Asia

Las previsiones de los analistas en la década de los 60 del siglo pasado daban por sentada la realización del desarrollo en África, que fue globalmente autosuficiente, y la catástrofe para Asia Oriental (sur y este de Asia). Ambas regiones tuvieron más o menos un mismo nivel de desarrollo en la década de los 50-60, con una clara ventaja para África por sus enormes potencialidades humanas y naturales.

Tanto África como Asia oriental representaban el 4% de la economía mundial en 1960. Hoy, la diferencia es abismal: la proporción de África ha caído al 2% (Sudáfrica incluida), mientras que Asia oriental representa el 25% de la economía global; uno de cada dos africanos es pobre, mientras que en Asia sólo uno de cada cuarenta lo es.

Este retroceso y la escasa participación en los intercambios mundiales condujeron a un experto galo en los asuntos africanos a afirmar, a comienzos de la década de los 90, que *“si el África Subsahariana desapareciera del mapa del mundo como consecuencia de un cataclismo o de una inundación, ello pasaría totalmente desapercibido, salvo algunas materias primas estratégicas”*, ubicadas globalmente en Sudáfrica o la República Democrática del Congo (RDC).

La situación dramática en la que se encuentra África no puede atribuirse exclusivamente a millones de africanos que luchan a diario contra el fatalismo. No se les puede acusar de dimisión, de deserción o de dejación como lo hacen Stephen Smith y el profesor Bernard Lugan, que destacan en sus análisis por el afrocatastrofismo, viendo más los efectos que las causas del subdesarrollo o de la pobreza en África.

Las teorías y estrategias de desarrollo erróneas, experimentadas en África en las seis últimas décadas, han conseguido resultados insignificantes. Ello por una combinación de factores internos y externos, y fundamentalmente por excluir a la idiosincrasia de los pueblos (sus creencias y tradiciones), tanto en su concepción como en su ejecución. E igualmente por descuidar los aspectos de desarrollo humano y locales en favor del economicismo occidental supuestamente universal, cuyo objetivo es el enriquecimiento de las multinacionales con la complicidad y la colaboración de las organizaciones internacionales y de los dirigentes africanos.

Ya a comienzos de la década de los 60, René Dumont denunció el camino equivocado elegido por África, adoptando el modelo mimético de Estado y de desarrollo occidental y dando la espalda al campesinado extorsionado o a los productores.

En el mismo sentido, el profesor senegalés Makhily Gassama (2010), refiriéndose al subdesarrollo de África, habla de un continente dominado, sometido a la voluntad extranjera desde hace siglos, atrasado y reducido a la mendicidad, imagen que contrasta con sus enormes recursos naturales. La pobreza o el subdesarrollo no es una fatalidad. Todo es cuestión de la organización y de la elección de las instituciones adecuadas.

Teorías explicativas del fracaso del desarrollo en África

Existen en la actualidad importantes teorías desde el punto de vista de la ciencia política y de las relaciones internacionales que explican el fracaso y el retroceso del desarrollo en África.

La *teoría del neopatrimonialismo* (Jean-François Médard) enfatiza la débil autonomía del poder político en África frente a otras instituciones de la sociedad, y la fusión y confusión de lo privado y de lo público en la gestión del Estado. Insiste en la supervivencia de prácticas tradicionales e “irracionales” en el funcionamiento del Estado, donde los dirigentes, en un contexto de escasos recursos, proceden a la privatización de los recursos públicos o al uso de éstos para fines personales.

La *teoría del injerto del Estado* (Göran Hyden) pone de manifiesto la hibridación de los sistemas occidentales y africanos, dando lugar a un Estado original, ni totalmente europeo ni totalmente africano, basado en redes sociales en la sombra o invisibles (europeas y africanas), encargadas de saquear el Estado o de utilizarlo para realizar actividades ilícitas.

Por su parte, la *teoría de la instrumentalización del desorden* (Patrick Chabal y Jean-Pascal Daloz) denuncia la organización del desorden a todos los niveles en África con complejas redes clientelares, desorden del que todos salen ganando, tanto los dirigentes como los pueblos, en detrimento del desarrollo y del Estado.

En la misma línea, pueden mencionarse la *teoría del vientre* de Jean-François Bayart, que explica el subdesarrollo por el saqueo del Estado desde arriba y desde abajo; la *teoría del Estado bifurcado* de Mahmood Mamdani, que insiste en el carácter y estructura colonial del Estado africano; y la *teoría del Estado bisagra* de Frederick Cooper, llamada así por estar el Estado al servicio de las necesidades y demandas externas.

Todas estas teorías, que explican la dimensión social del poder político en África, han de incorporarse en el marco global de la dependencia de los Estados africanos de las normas y estructuras internacionales, dependencia (*teoría de la economía política del desarrollo* de Samir Amin, Nzongola-Ntalaja o Dani Nabudere) que considera que el Estado africano sigue manteniendo sus estructuras coloniales de explotación y agresión. Es decir, un Estado que no fue concebido ni para el desarrollo, ni para la democracia, ni para la promoción de los derechos humanos. Es la teoría del *serkali* suajili o del *Bula Matari* kongo.

A estas teorías, es preciso añadir las visiones esencialistas, convertidas en dogmas y en las principales explicaciones del subdesarrollo y de la pobreza en África. Se trata del geografismo, el culturalismo y el estructuralismo.

El *geografismo* explica el subdesarrollo por las condiciones geográficas y climatológicas hostiles a las actividades humanas, cayendo en el racismo geográfico o la equivocación grosera; el *culturalismo* atribuye el subdesarrollo a la cultura tradicional africana, considerada como fatalista e incompatible con la modernidad universal, dando paso al

inmovilismo y a la jerarquía de las culturas considerando algunas incompatibles con el desarrollo (Huntingtonismo); y el *estructuralismo*, que ha acertado más, considera el subdesarrollo como el resultado tanto de factores internos como externos. Entre los primeros, cabe mencionar el ineficiente Estado postcolonial propenso a la corrupción, la manipulación o instrumentalización de las violencias étnicas, y la agudización de las desigualdades. Y entre los segundos, o externos, es preciso destacar las prácticas imperialistas, las asimetrías internacionales de toda índole, y el intercambio desigual. Es decir, se insiste en las tesis cercanas o inspiradas en el mencionado enfoque de la economía política, cayendo de este modo en el mito del “complot neocolonialista”.

A pesar de las críticas cada vez más numerosas contra el enfoque economicista del desarrollo, éste sigue vigente y es el mayoritario en los análisis de las organizaciones internacionales y en las estadísticas nacionales. Siguiendo este marco de análisis, África ocupa el último lugar en el ranking mundial de las naciones. Con un 13,2% de la población mundial, África sólo representa el 3% del comercio mundial y del 1 al 2% de las inversiones directas extranjeras. Entre 1975 y 2004, el crecimiento del PIB per cápita había bajado un 0,9% al año en el África Subsahariana, para subir entre 2004 y 2008 en torno al 5%, como resultado de la fuerte demanda de materias primas por los países emergentes, el fin de las guerras en algunas regiones y el dinamismo de la economía popular. Es decir, por factores coyunturales.

Un enfoque alternativo propuesto hace tres décadas ha ampliado los criterios en la medición del desarrollo: el Índice de Desarrollo Humano (IDH) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Pero incluso este enfoque sitúa a África en el último lugar de la cola: la esperanza de vida es de 47 años; más del 40% de los 800 millones de subsaharianos viven en la extrema pobreza con un dólar al día; el paludismo y el Sida siguen siendo las principales causas de la mortalidad; o las hambrunas afectan a unos 38 millones de personas; entre otros indicadores.

Estas dificultades se explican por la mencionada crisis del Estado, la criminalización de las prácticas económicas y políticas, y la proliferación de guerras civiles y regionales. También nacen de las condiciones actuales de la globalización/mundialización, donde la supuesta liberalización, tanto económica como política, encubre o tapa la dependencia de los países africanos de los grandes grupos industriales y financieros, fundamentalmente occidentales, y de los países de la OCDE, cuyas prácticas excluyen a África de la globalización del desarrollo o del uso del comercio internacional para el desarrollo interno.

Las verdaderas razones del fracaso del desarrollo y del empobrecimiento en África

En el contexto arriba dibujado, no es sorprendente que África haya pasado de la crisis a la catástrofe permanente (con la excepción de países como Botsuana, Namibia, Seychelles, Etiopía, Ghana, Costa de Marfil, o Kenia). Una crisis ilustrada por el fracaso del desarrollo que ha de interpretarse como producto de la no industrialización de la época colonial, a la que ha sucedido la desindustrialización poscolonial.

El tema del desarrollo no es nuevo en África, convertida en un verdadero laboratorio de experiencias de desarrollo concebidas desde el exterior e inadaptadas a las realidades locales. Desde la independencia, se han trazado diferentes políticas con el propósito de acceder a él. Pero por una u otra razón, este deseo ha sido frustrado y, de hecho, el continente africano es hoy el más pobre del planeta a pesar de sus abundantes riquezas (33% de los recursos naturales a nivel global).

África es la zona más dañada de la periferia subdesarrollada del Sur, como lo ilustran varios datos: el PNB de África Subsahariana, con la sola excepción de Sudáfrica, equivale al de un pequeño país europeo como Bélgica; África representa menos del 2% del comercio mundial; el 40% de la población africana vive por debajo del umbral de pobreza más absoluta; a pesar de tener abundantes recursos naturales, como se ha mencionado con anterioridad, África importa más alimentos de los que produce.

Las causas de este colapso africano (y por extrapolación de la pobreza), expuestas a continuación, son históricas y actuales, internas y externas, estructurales y coyunturales, e incluso fortuitas (enfoque holístico).

CAUSAS HISTÓRICAS

- El desarrollo industrial de Europa se acompañó de la expansión colonial, es decir, de la expoliación de otros pueblos y continentes. Todas las regiones del mundo contribuyeron al enriquecimiento del Norte.
- Con la incorporación de África en la división internacional del trabajo, el continente fue convertido en granero o reserva de materias primas, con la consiguiente dependencia frente a los países suministradores de bienes de equipo.
- El neocolonialismo, después de la colonización, ha creado importantes desequilibrios y distorsiones en las economías africanas, dando prioridad al mercado externo en detrimento del mercado interno.

CAUSAS ESTRUCTURALES

- El intercambio desigual, junto al deterioro de los términos de intercambio, cuyo resultado es el empobrecimiento y hundimiento de las economías africanas, monoproductivas y monoexportadoras, y la agudización del subdesarrollo.
- La carga de la deuda externa, contraída por los gobiernos megalómanos e ilegítimos, cuyo pago se lleva a cabo en detrimento del desarrollo interno. Tan sólo pagando el servicio de la deuda, África transfiere al Norte unos 200 millones de dólares al día, bloqueando cualquier posibilidad de acumulación interna de capitales.
- Los Programas de Ajuste Estructural (PAE) o las medidas ultraliberales de reprivatización (recortes drásticos de gastos públicos y sociales, despidos de funcionarios, devaluación de las monedas nacionales, achicamiento del Estado o del sector público,

etc.), que han tenido como consecuencia el deterioro medioambiental y la descomposición política y económica de muchos Estados africanos, confinados al papel de gendarme contra la población para imponer las medidas de austeridad.

- Las medidas proteccionistas del Norte, tales como la Política Agrícola Común (PAC) de la Unión Europea o las políticas agrarias de Estados Unidos, que asfixian a millones de campesinos africanos y erosionan su poder adquisitivo. Suprimiendo sus políticas proteccionistas, los países del Norte permitirían a los países africanos conseguir 25 mil millones de dólares anuales. Es decir, una tasa de crecimiento anual en torno al 3%.

A todas estas causas es preciso añadir la mala gestión interna, la corrupción endémica y las prácticas neopatrimoniales de los dirigentes, junto a los dualismos internos (sector moderno-sector tradicional, agricultura-minas, centros urbanos-zonas rurales) y exclusión de amplias capas de la población en la concepción y ejecución de proyectos de desarrollo, concebidos desde el exterior e impuestos desde la cumbre. Es preciso, en la línea de Dembélé Moussa Dembélé (2015), proceder a la deconstrucción o desmontaje de las teorías clásicas sobre el desarrollo en África.

En resumen, la pobreza y el subdesarrollo en África se explican por tres crisis combinadas: la crisis orgánica (la prioridad dada a la construcción nacional o del Estado-nación en detrimento de los aspectos de desarrollo económico); la crisis estructural (el mantenimiento de las economías coloniales o rentistas basadas en las materias primas o las industrias extractivas); y la crisis coyuntural (las consecuencias de las crisis mundiales por la extrema vulnerabilidad y extroversión de las economías africanas). Es decir, por los errores cometidos en las políticas de desarrollo internas e internacionales, y por dar prioridad a una sociedad de consumo en detrimento de la producción.

El caso particular del Sahel

El término Sahel es una deformación del árabe “sahil”, que significa “costa”. Esta palabra hace referencia a las regiones africanas a orillas del desierto del Sáhara. Se trata de una franja de tierra, ubicada entre el desierto y las selvas del África tropical, y que se divide en el Sahel occidental, el Sahel central y el Sahel oriental.

Centrando el análisis en la parte occidental, los Estados tienen en común tres principales características: la inestabilidad crónica, la existencia de amplios territorios que escapan al control de las autoridades centrales o nacionales, y la existencia de importantes riquezas naturales (oro, cobre, estaño, uranio, nuez de cola, marfil). En cada país se plantean temas como las relaciones centro-periferia y la fragilidad del Estado-nación.

El Sahel es el santuario perfecto del terrorismo internacional por varias razones: la exclusión y consiguiente reivindicación del derecho a la autodeterminación de los tuaregs; la frustración en la que vive la juventud abandonada por los poderes centrales establecidos de la región; y el tráfico de armas ligeras nacido de la crisis libia con la caída del régimen de Muamar Al Qadafi en 2011. Dicho con otras palabras, desde el Sahel hasta el cuerno

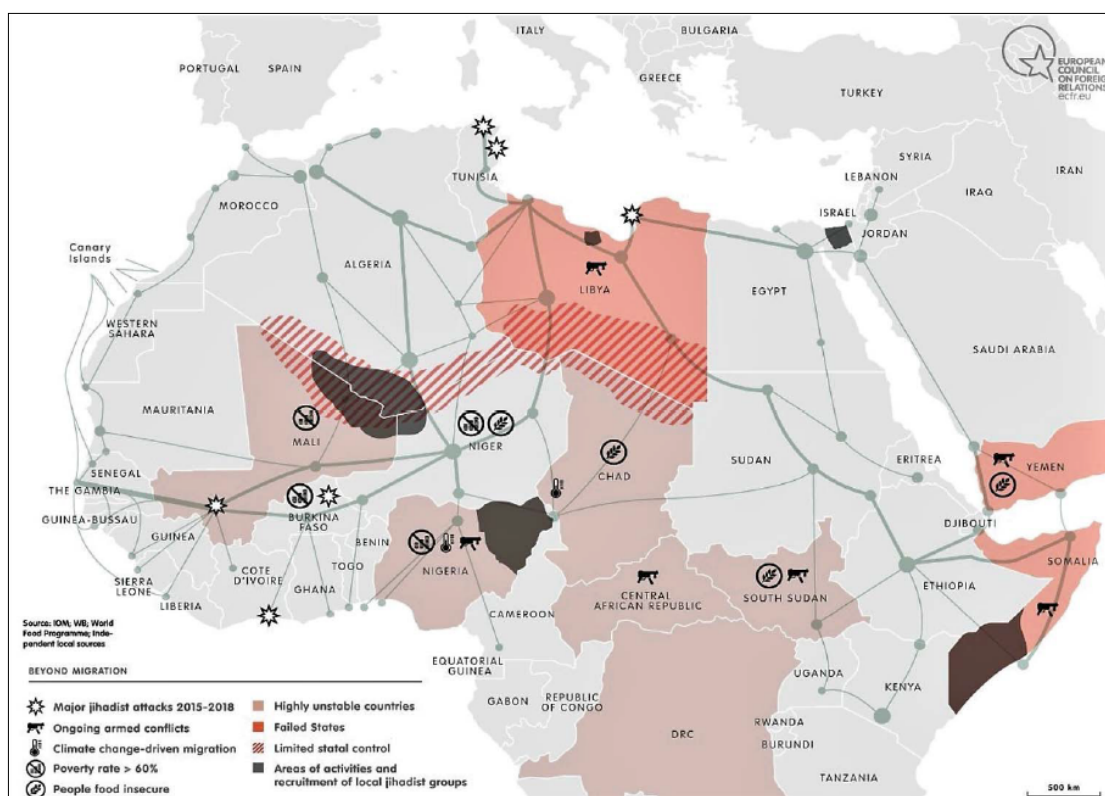
de África, pasando por Nigeria y Camerún, la región sahelo-sahariana se ha convertido en la retaguardia de grupos terroristas yihadistas y en escenario de violencias armadas.

El Sahel es, por excelencia, la zona de trata de seres humanos a la búsqueda de El Dorado, personas explotadas por las mafias de la emigración clandestina y sometidas a la prostitución, mendicidad y trabajos forzados (Dialo Zator, 2018).

Una serie de factores acentúan esta realidad: la enormidad de los territorios de los Estados de la zona y la porosidad de las fronteras; las desigualdades nacidas del mal gobierno y la ausencia de políticas nacionales de desarrollo; los problemas de desarrollo económico y social, con la consiguiente generalización de la pobreza y de la miseria; la falta de justicia social, junto a la exclusión de la población en los problemas de desarrollo; o las cuestiones de seguridad, en particular de las mujeres y de los jóvenes.

Todos estos problemas han convertido el Sahel en un polvorín, en una tierra de nadie o zona de tráfico de drogas, de seres humanos, de armas y de migraciones clandestinas; de blanqueo de dinero; de piratería, de toma de rehenes, y de terrorismo; de dilapidación de recursos naturales o minerales (Dialo Zator, 2018).

Principales problemáticas en la zona del Sahel y otras regiones limítrofes



Fuente: European Council on Foreign Relations a partir de Fuentes diversas

En este marco, el G5 Sahel, integrado por Burkina Faso, Chad, Mali, Mauritania y Níger, se propone como principal objetivo el desarrollo y la seguridad para mejorar las condiciones de vida de las poblaciones de la zona, mediante la promoción de la buena gobernanza y de la democracia, en colaboración con la comunidad internacional y los actores regionales.

Abdelhak Bassou (2017) se cuestiona por qué siguen los ataques terroristas en el Sahel a pesar de ser la región más militarizada del mundo, con presencia de las tropas de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, de las tropas francesas de la operación Barkhane, y de las unidades de las fuerzas nacionales de los países de la zona. Se plantea aquí el problema de la legitimidad de los poderes establecidos y de sus relaciones con las poblaciones locales, hundidas en la pobreza, la miseria y la precariedad; y fundamentalmente, la esencia de esta crisis y la solución adecuada que necesita, más económica y social que militar.

2. Los retos de desarrollo de África Subsahariana en los próximos años: posibles soluciones y transformaciones estructurales

Las soluciones son políticas y económicas (y no exclusivamente militares)

Las soluciones han de pasar por la reparación de los atropellos de la historia y por la eliminación de los bloqueos estructurales actuales, tanto internos como externos.

Como punto de partida, es preciso subrayar algunas evidencias:

- Ningún país se ha desarrollado a partir de la ayuda o la cooperación al desarrollo (que es sólo un paliativo). El desarrollo es ante todo endógeno o interno (el fomento de las prácticas y los saberes endógenos o domésticos);
- El desarrollo no puede conseguirse a partir de las economías rentistas, basadas en las materias primas (maldición de las materias primas);
- La consecución del desarrollo es una función de las instituciones, a menudo descuidadas por la cooperación internacional. Todo depende ampliamente de las políticas y de las estrategias adoptadas, es decir, de las instituciones que pueden profundizar para hacer frente a los obstáculos o favorecer las ventajas para el desarrollo.

Se plantean a continuación algunas posibles soluciones en el plano político y económico:

A. EN LO POLÍTICO:

La desestructuración-reestructuración del Estado o su africanización, mediante los cambios siguientes:

- La institución de un Estado híbrido, mezcla de la tradición y de la modernidad, pues ningún Estado se ha desarrollado dando la espalda a sus tradiciones. Se trata de conciliar la tradición y la modernidad, que no son contradictorias, sino complementarias;
- El afrofederalismo o una u otra forma de descentralización, siendo el objetivo acercar el Estado a sus usuarios o beneficiarios, o sea, el respeto del pluralismo étnico y cultural de las sociedades africanas;
- La democracia social consensuada, y no la democracia electoral o liberal. Se trata fundamentalmente de una democracia incluyente, ciudadana, participativa y de cercanía;
- La adopción de un nuevo liderazgo, es decir, la emergencia de una nueva clase de dirigentes africanos un poco más nacionalistas y más panafricanistas.

B. EN LO ECONÓMICO:

La adopción de otro modelo de desarrollo, humanamente centrado (homocentrismo) y con rostro social (sociocentrismo), cuyos ejes esenciales son:

- La prioridad de la agricultura como base de la industrialización. Antes que un continente minero y energético, África es un continente agrícola, siendo éste aspecto el único en el que África tiene una ventaja comparativa;
- La economía mixta, mediante la colaboración del sector público (Estado) y del sector privado (comercio), que pueden coexistir amigablemente, definiendo lo que debe y puede hacer cada uno;
- La institucionalización y el fomento de la economía popular, mal llamada “sector informal”, por representar del 40 al 50% del PIB del África Subsahariana (el 30% del África del norte), y el 86% de puestos de trabajo en muchos países (cf. Ly Moustafa, 2020). Este es un poderoso factor de lucha contra la pobreza ante el Estado ausente y/o deficiente, pues refleja la creatividad y fecundidad de los pueblos africanos, o en la opinión de Magnard y Tenze (1988: 127), es a menudo el único medio de incorporación de los pobres en la economía monetaria, en un contexto de pauperización de amplias capas de la población por el ajuste privatizador;
- La integración regional endógena y popular, no sólo desde los enfoques clásicos que han fracasado, sino además a partir de las comunidades históricas, socioculturales o de interés por encima de las fronteras nacionales (coloniales, superficiales y arbitrarias), o de la apuesta por el panafricanismo supranacional y maximalista;
- La cooperación Sur-Sur o la cooperación horizontal entre países en desarrollo, para resolver sus problemas de seguridad y de desarrollo, durante la guerra, y luchar contra las asimetrías de toda índole en el periodo de la post guerra fría, aspectos sobre los que volveremos más adelante;
- La democratización de las relaciones económicas internacionales, en el sentido de la justicia y de la equidad, pues según manifestaba el gran Nelson Mandela, *“África necesita más justicia que ayuda”*.

En definitiva, la lucha contra la pobreza y el subdesarrollo debe partir de importantes reestructuraciones internas y externas. Los sistemas educativos deben ser adaptados a las realidades y lenguas africanas, y orientarse hacia la resolución de los problemas de pobreza. Así mismo, debe acometerse una verdadera reforma agraria, que se ha limitado a la recuperación de las tierras abandonadas por los colonos y por los campesinos, como consecuencia del éxodo rural, por las élites políticas y burocráticas. Es decir, se ha procedido a la extorsión del campesinado por unos dirigentes preocupados sólo por el enriquecimiento personal y la conservación del poder. Se trata de recuperar, promover e institucionalizar las prácticas y los saberes endógenos o domésticos.

África en los diez próximos años: los desafíos de transformaciones estructurales

Sin caer en las trampas de la futurología, en la década venidera (2020-2030), al margen de las prioridades identificadas por la Agenda 2063 de la Unión Africana, África debería conseguir los siguientes objetivos (cf. Nyambal, 2008; Lopes, 2019):

- La promoción de un nuevo contrato social basado en la capacidad de los gobernantes de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos o alcanzar el bienestar colectivo;
- El fortalecimiento de las capacidades institucionales, especialmente en términos de descentralización, para implicar a la sociedad civil y favorecer la democracia participativa y reivindicativa o ciudadana;
- Las masivas inversiones en la lucha contra la malaria, el VIH-Sida y el ébola, verdaderas problemáticas que afectan negativamente al capital humano;
- Poner en competencia a los socios clásicos (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, antiguas metrópolis) y los países emergentes (los llamados BRICS), apostando por la cooperación Sur-Sur, y orientar sus intervenciones hacia el crecimiento duradero y el abandono del ajuste estructural a favor de la transformación estructural (el rechazo de los Programas de Ajuste Estructural y la apuesta por el post Consenso de Washington);
- La adopción de un enfoque de desarrollo que ha de conciliar las inversiones en las infraestructuras básicas, la armonización de la industrialización y el desarrollo agrícola (la industrialización verde), o la combinación del desarrollo económico con el desarrollo social y el respeto del medioambiente;
- El fortalecimiento de la integración regional mediante la creación de la Comunidad Económica Africana o la integración maximalista y supranacional, apostando por el *made in Africa and for Africa*, o la conciliación del humanismo con el panafricanismo y el cosmopolitismo. Es decir, la apuesta por un futuro africano común;
- La reforma del sistema educativo para erradicar el analfabetismo y abrirse a las nuevas tecnologías, siendo el objetivo resolver los problemas de la sociedad, crear riqueza y eliminar la dependencia alimentaria.

3. Contribuciones desde la cooperación internacional para el desarrollo y la Cooperación Sur-Sur

Pistas y esbozos de soluciones desde la cooperación internacional

La cooperación para el desarrollo, tal y como se ha llevado a cabo en las 6 últimas décadas, se ha limitado al capítulo de las buenas intenciones con muy pocas acciones concretas. Los proyectos han sido generalmente mal concebidos por los donantes y los fondos desviados por los gobiernos locales o los beneficiarios. Prueba de ello es que, en 60 años de cooperación para el desarrollo, no se ha conseguido el arranque de África, su principal beneficiaria. En particular por las malas políticas económicas, la vulnerabilidad frente a los choques externos, las consecuencias de los conflictos, o las capacidades de absorción, sin perder de vista las propias perversiones de la ayuda o de la cooperación.

A pesar de las promesas hechas hace más de 40 años para dedicar el 0,7% del PNB al desarrollo, los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) apenas llegan al 0,3%, y siguen faltando unos 70 billones de dólares para ayudar a los países pobres para que puedan satisfacer sus necesidades básicas y alcanzar los objetivos internacionales de desarrollo. Movilizar de 50 a 100 billones de dólares anuales para luchar contra la extrema pobreza no es un objetivo surrealista, pues este monto apenas corresponde al 30% de los gastos militares norteamericanos en Irak en 2008, y al 6% de las subvenciones anuales a los consumidores de productos petrolíferos por algunos países del Golfo Pérsico.

No se debe perder de vista que la cooperación o la ayuda no genera el crecimiento o el desarrollo, que es ante todo endógeno. La prioridad dada a los mercados internos, máxime cuando la crisis de las *subprimas*, con consecuencias nefastas en muchos países africanos sin ninguna responsabilidad en ella, ha deslegitimado a Europa y a Estados Unidos para dar lecciones de política económica (Severino y Ray, 2010: 210), además de ser su modelo de desarrollo económico insostenible. Sirve la cooperación sólo de paliativo y acompañamiento, y constituye una parte de la interacción entre el Norte y el Sur. Por lo tanto, ha de acompañarse de otras políticas públicas, y de su coherencia, para conseguir los objetivos definidos por la comunidad internacional.

De una manera general, y en su forma actual, la cooperación o la ayuda al desarrollo aparece como una insignificante compensación a los efectos nefastos de algunas políticas del Norte desfavorables para el Sur. En muchos casos, los recursos o los fondos transferidos al Sur para fomentar el desarrollo no son reales y suelen ser destinados a otros objetivos (estratégicos, humanitarios, comerciales, empresariales, universitarios, culturales, etc.) distintos a los de desarrollo o de lucha contra la pobreza.

Se debe también reconocer que en África tres factores interrelacionados impidieron -y siguen impidiendo- que la cooperación al desarrollo sea eficiente: el mal gobierno (el autoritarismo) y las torpes políticas de desarrollo (neopatrimonialismo y nepotismo); la persistencia de la crisis económica (con la consiguiente reducción de algunos gastos) y los Programas de Ajuste Estructural del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, de corte neoliberal (descuido de los aspectos de desarrollo humano); y sobre todo, la persistencia de Estados fallidos e ineficientes, o las guerras que han costado entre 1990 y 2005 el equivalente de 300 billones de dólares (20 billones de dólares anuales), es decir, cerca del doble del monto de ayuda destinado a los países subsaharianos durante este período -12 billones de dólares anuales- (cf. Severino y Ray, 2010). Al respecto, es preciso agradecer la disposición de los acuerdos de Cotonú de suspender la cooperación en los casos graves de corrupción, además de implicar a los actores de la sociedad civil tanto en la cooperación como en el desarrollo de la democracia.

Los países del Sur, en general, y africanos, en particular, necesitan tanto la justicia como la ayuda, y se debe dejar de retirarles con una mano (proteccionismo comercial, subvenciones agrícolas, pago de la deuda) lo que se les ha dado con la otra (asistencia humanitaria, ayuda).

En definitiva, se ha de pasar de la lógica del asistencialismo a la de la verdadera cooperación, basada en la reducción de la brecha entre el Norte y el Sur y en la realización de las prioridades definidas por los propios africanos. Ya es hora de adoptar una verdadera voluntad política de cambio, es decir, la conversión de la cooperación en un verdadero instrumento de lucha contra el subdesarrollo, ya que en la actualidad lo alimenta en muchos casos. Ha sido la ayuda de los ricos de los países ricos a los ricos de los países pobres, y no a los pobres de los países pobres. O según sentencia Sylvie Brunel (1993), una prima a la mala gestión, a los dictadores. Se trata ahora de trabajar con los africanos, y no para los africanos.

Raras veces la ayuda, ampliamente ligada o condicionada, ha tenido como principal objetivo la lucha contra la pobreza. A ello es preciso añadir, por parte de los beneficiarios o los países del Sur (africanos en este caso), la falta de capacidades institucionales, el despilfarro de los fondos recibidos, la corrupción generalizada (estimada en unos 150 mil millones de dólares anuales en 2002 por la Organización para la Unidad Africana -OUA-), y la mala gestión o el uso de aquellos fondos para otros objetivos que los del desarrollo (la financiación de la administración pública pletórica y de las redes clientelares o neopatrimoniales, entre otros).

Sin embargo, hemos de dejar constancia de que no se trata de ocultar u olvidar el trabajo realizado, con sinceridad y honestidad, por la mayoría de los actores del desarrollo. Algunas poblaciones del Sur, sin sus acciones de desarrollo, no hubieran sobrevivido a la injusticia de su pobreza. Nuestro único objetivo es fomentar la transparencia total y la eficacia de dichas acciones.

Puesto que el 70% de los pobres africanos viven en el mundo rural y dependen para sus ingresos de la agricultura, la cooperación para el desarrollo, en su objetivo de lucha con-

tra la pobreza en África, ha de dar prioridad al desarrollo rural. Ello no sólo para luchar contra las crisis alimentarias que afectan a cerca de la mitad de los Estados africanos, sino además como única manera, según Sossah-Laenen (2007: 126), de luchar contra el éxodo rural y la emigración con graves consecuencias sociales y políticas en el continente. El apoyo a la agricultura en los países del Sur es pues fundamental en la reducción de la pobreza, junto al libre acceso de los productos agrícolas de estos países a los mercados internacionales. Desgraciadamente, los países ricos siguen subvencionando directa o indirectamente a sus agricultores con más de 500 mil millones de dólares anuales (528 mil millones en 2019). Lo que falsea completamente los intercambios internacionales (o el uso por los países africanos del comercio internacional para su desarrollo), máxime cuando es en la agricultura donde los países del Sur tienen una ventaja comparativa. Los países del Norte protegen sus mercados agrícolas mientras que los del Sur están totalmente abiertos.

En resumen, la cooperación oficial al desarrollo ha suscitado críticas diversas, entre ellas la de Tibor Mende (1972), que la equipara con un instrumento de recolonización y le re- crimina su nula contribución a la promoción de la mejora de la investigación científica y tecnológica en los países en desarrollo, refiriéndose tanto a la cooperación occidental como a la soviética de la época de la Guerra Fría. Por su parte, David Sogge (2003) considera que sirve más a los intereses de los donantes que a los de los destinatarios. Y Dambisa Moyo (2009) puntualiza que, por sus efectos perversos, la ayuda en su forma actual es más un problema que una solución, por asfixiar la creatividad de los supuestos beneficiarios, y aboga por su supresión, pues en África, principal beneficiaria de la cooperación, la tasa de pobreza ha pasado del 11% al 66% de la población, aumentando en la misma proporción que la ayuda al desarrollo. Ello condujo a hablar de ayuda suministrada de mala manera por los malos samaritanos a los malos beneficiarios.

Por su parte, Charnoz y Severino (2007), que son menos escépticos, plantean el problema de la coherencia. Consideran que si bien se han conseguido importantes avances en los indicadores de desarrollo humano, las barreras aduaneras o comerciales, las consecuencias de muchas de las decisiones y políticas (macro-económicas, agrícolas, comerciales, sanitarias, medioambientales, o sociales), las patentes, y las políticas migratorias de los países del Norte aniquilan los avances conseguidos por la cooperación para el desarrollo; o en la opinión de Jeffrey Sachs (2005), tienen un impacto negativo en el desarrollo de los países pobres. En cuanto a Massiera y Pagacz (1992), consideran la cooperación de la UE, a través de los acuerdos de Lomé, como un instrumento de desarrollo y un modelo de cooperación Norte-Sur que es preciso mejorar y extender en el futuro. Y Tinturier (2000), partiendo de los casos del Congo-Brazzaville y de Gabón, puntualiza que la ayuda al desarrollo ha sido una prima a la incompetencia y a la prevaricación.

En pocas palabras, las responsabilidades del fracaso de la cooperación oficial al desarrollo son externas e internas; es decir, dicha cooperación no ha conseguido resultados significativos por los errores cometidos tanto por los donantes como por los beneficiarios o destinatarios: ha sido la ayuda suministrada de mala manera por los malos samaritanos a los malos gestores o beneficiarios, como se mencionaba anteriormente. Ambos no han

conseguido la reducción o erradicación de la pobreza en África, que ha aumentado en la misma proporción que la cooperación. De ahí la pregunta de Sachs (2005: 205): *“Did Africa need more aid, or just better use those recourses that it had at hand?”*¹

De acuerdo al contexto descrito, la reducción de las diferencias en los niveles de vida entre Europa y África, mediante el fomento del desarrollo económico y social y de la seguridad en el continente, aparece como una de las soluciones estructurales para acabar, por ejemplo, con la emigración Sur-Norte, o desde África hacia Europa.

Aportes desde la cooperación Sur-Sur

Todos estos problemas, internos y externos, dieron alas a la cooperación Sur-Sur como alternativa y/o complemento a la cooperación Norte-Sur, mediante la integración regional y las alianzas estratégicas.

La apuesta por el regionalismo o la integración regional en el Sur viene justificada por la falta de perspectivas de pequeños países y el fracaso de las políticas nacionales de desarrollo. Y en el caso particular de África, el regionalismo es una oportunidad para superar las fronteras arbitrarias y artificiales heredadas de la colonización y los insignificantes mercados internos.

En el segundo aspecto, el del fortalecimiento de frentes comunes o de la sindicalización (los cárteles de los exportadores de materias primas y las estrategias de confrontación), los países del Sur destacan, en las dos últimas décadas, por la creación de alianzas tales como el G-20, el G-33 o el G-90, siendo el objetivo reducir las asimetrías Norte-Sur (Kabunda, 2019).

El balance que se puede hacer de estas estrategias es globalmente poco alentador. El regionalismo en el Sur, con excepciones de algunas experiencias latinoamericanas (el Mercosur o el Alba, por ejemplo, orientados hacia el fortalecimiento de los mercados internos), es globalmente mediocre por la persistencia de los obstáculos económicos, comerciales y políticos: las desigualdades de nivel de desarrollo entre los países del Sur; la falta de voluntad política de las clases gobernantes, entregadas a la globalización y al Norte; la falta de infraestructuras regionales; los nacionalismos agresivos o exacerbados; o las guerras; entre otros. El proceso de sindicalización, al margen de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) o BASIC (Brasil, Sudáfrica, India y China), no ha ido más allá de la retórica y de las buenas intenciones por las importantes diversidades y desigualdades entre los países del Sur, con economías muy abiertas o extrovertidas y poco diversificadas, lo que les debilita desde dentro y en sus relaciones con el Norte.

Viendo el lado soleado, se pueden subrayar las relaciones comerciales y financieras entre África y los BRICS, interesados en los abundantes recursos naturales africanos, invir-

1. ¿Necesitaba África más ayuda? ¿O hacer mejor uso de los recursos a su disposición?

tiendo enormemente en la tierra, las materias primas, las infraestructuras, las telecomunicaciones y los bancos. De este modo, los BRICS han contribuido a la mejora de la tasa media de crecimiento de los países africanos en la última década.

En definitiva, la cooperación Sur-Sur ha cosechado escasos resultados por la dependencia económica y comercial de los países del Sur, que tienen relaciones comerciales más importantes con el Norte que entre ellos. Es decir, los flujos comerciales Sur-Sur, insertados en la relación centro-periferia, son mínimos y menos importantes, y con nula influencia sobre las reglas o los mecanismos del comercio internacional.

Fundamentalmente, los países del Sur se caracterizan por la dependencia de la fluctuación de los precios de los productos básicos en el mercado internacional, las debilidades del Estado-nación, y la proliferación de conflictos armados intra e interestatales.

Se imponen una serie de estrategias, que los países del Sur han de adoptar desde arriba y desde abajo, y cuyo principal objetivo debe ser contrarrestar la política liberal de extraversión -considerada como la única vía eficiente de desarrollo desde la década de los 90 y que ha profundizado las desigualdades entre el Norte y el Sur y dentro del propio Sur-, así como acabar con el saqueo de los recursos naturales y humanos del Sur.

Los principales elementos de dichas estrategias se exponen a continuación:

- La creación de complementariedades en sus producciones, para que sus economías puedan necesitarse mutuamente;
- La creación y el fortalecimiento de las triangulaciones África-Asia-Latinoamérica: la triangulación político-diplomática (frentes comunes en las negociaciones internacionales); económico-comercial (inversiones de capitales y en las infraestructuras por parte de los países excedentarios en los deficitarios); y académico-científica (intercambios de personal y materiales docentes, médicos, estudiantes y tecnologías) entre las tres regiones, según la acertada sugerencia de Maguemati Wabgou (2007);
- La creación de “nuevas regionalizaciones”, para favorecer las interdependencias regionales en el Sur y luchar contra los monopolios del Norte (financiero y comercial, tecnológico, cultural, sobre los recursos naturales, de los medios de comunicación y de las armas de destrucción masiva);
- La estrategia del Sur Global: favorecer el conocimiento mutuo entre los pueblos del Sur, para fomentar los intercambios desde abajo, y para contrarrestar las relaciones entre las clases dirigentes de las periferias encargadas de imponer la dominación en sus propios países por los países desarrollados y los centros; y para salvar a las comunidades indígenas y a las minorías étnicas de los factores de homogeneización cultural de la globalización o de la occidentalización.

Todo ello supone la conversión de la cooperación Norte-Sur en complementaria de la cooperación Sur-Sur, sobre todo en los aspectos de la tecnología y de la ciencia, no dominados por los países del Sur, y para contar con la preciosa colaboración de algunas capas

de la población del Norte, adheridas al tercermundismo, y que son preciosos aliados. Estos sectores consideran que tanto los países del Sur como el “Tercer Mundo interno” de los países del Norte comparten un mismo destino, junto a su colaboración, según el ecologista galo Alain Lipietz, para definir un nuevo modelo de industrialización, nuevos modelos de consumo y nuevas relaciones sociales tanto en el Norte como el Sur. Se trata de la llamada cooperación triangular, la que suma y no resta (dos socios del Sur con uno del Norte en los aspectos mencionados). El objetivo es fomentar otro modelo de desarrollo a contracorriente del “mal desarrollo”, generado ayer por el colonialismo y el neocolonialismo, y hoy por la globalización neoliberal y la occidentalización.

4. Conclusiones

La recuperación de África pasa por diferentes factores: la instauración de relaciones de partenariado con las poblaciones locales encargadas de diagnosticar sus propios problemas; atacar las verdaderas causas de la pobreza; crear polos de desarrollo y redes de empresas con fines económicos y sociales a nivel regional; aprovechar los recursos locales; ayuda dirigida a los más pobres y a las capas más desfavorecidas; y favorecer la autonomía y la toma de responsabilidad del mayor número posible de beneficiarios.

La lucha contra la pobreza y el subdesarrollo debe partir de importantes reestructuraciones internas y externas. El verdadero desarrollo es el que coloca el ser humano en el centro de su proyecto, respetuoso del medio ambiente, y alejado del culto a la acumulación de bienes materiales (Konaté, 2010). Se trata fundamentalmente del desarrollo humano, entendido como la prioridad dada al desarrollo de la población -salud y educación-, por la población -participación en la producción y en la toma de decisiones-, y para la población -mejora del bienestar y reducción de las desigualdades- (Vernières, 2003). Pertenece a cada pueblo definir su propio modelo de desarrollo en función de su historia y cultura, tomando en cuenta los factores externos. Dicho en otras palabras, el desarrollo como un fenómeno total en el que la tradición y la modernidad no se excluyen, sino que se complementan.

Es decir, el homocentrismo y el sociocentrismo. África debe transformar sus recursos naturales en riquezas y dar prioridad a los mercados internos y a las necesidades populares. El desarrollo debe ser ante todo endógeno, afrocentrista, empezando por poner fin a la extroversión cultural e intelectual, y la institución y promoción de la economía popular. En África, todas las propuestas y soluciones realizadas hasta la actualidad no han hecho sino fortalecer la pobreza y los mecanismos que la generan, además de definir unilateralmente los criterios de desarrollo en función de valores o referencias occidentales, que ignoran los análisis locales del malestar.

En definitiva, una estrategia fiable de desarrollo y de lucha contra la pobreza ha de fundamentarse en los pueblos africanos, y no debe ser impuesta exclusivamente desde el exterior y desde arriba. Por consiguiente, ha de fijarse en los objetivos siguientes: el fortalecimiento de las capacidades organizativas y productivas de las capas pobres y marginadas; la rehabilitación y reconstrucción de las infraestructuras económicas y de producción para el autoconsumo; la creación de pequeñas y medianas empresas industriales puestas al servicio del desarrollo agrícola; y el desarrollo de los servicios sociales.

O según Carlos Lopes (2019), quien abunda en el mismo sentido, África necesita cambios o transformaciones estructurales, y no el ajuste estructural neoliberal. Es decir, la construcción de las infraestructuras, la diversificación de las economías y exportaciones (dejar de ser el granero de materias primas), la industrialización verde, la combinación del desarrollo económico con el desarrollo social, el panafricanismo o la creación de un destino o futuro africano común.

Bibliografía

Bassou, A., *L'Etat, les frontières et le territoire au Sahel : Cas du G5 Sahel, Policy Brief*, OCP, Rabat, octubre de 2017.

Brunel, S., *Le gaspillage de l'aide publique*, Seuil, París, 2003.

Charnoz, O y Severino, J-M., *L'aide publique au développement*, La Découverte, París, 2007.

Dembélé D. M., *Contribution à la déconstruction des théories conventionnelles sur le développement de l'Afrique*, L'Harmattan, París, 2005.

Dialo Zator Mbaye, P., "La coopération Sud-Sud en Afrique", en *Rapport annuel de la géopolitique de l'Afrique* (dir : Abdelhak Bassou A.), OCP, Rabat, 2018.

Gassama, M., "Un demi-siècle d'aventure ambiguë", en *50 ans après, quelle indépendance pour l'Afrique* (dir : Makhily Gassama), Philippe Rey, París, 2010.

Kabunda Badi, M., "África en la agenda de los nuevos socios emergentes: ¿complementariedad o alternativa?", en *Informe África 2019. Dinámicas transfronterizas en un mundo globalizado* (coords: Elsa Aimé González e Itxaso Domínguez de Ólazábal), Fundación Alternativas, Madrid, 2019.

Konaté, M., *L'Afrique noire est-elle maudite ?*, Fayard, París, 2010.

Lopes, C., *África en transformación. Desarrollo económico en la edad de la duda*, Catarata-Casa África, Madrid, 2019.

Ly Moustapha, M., "Du covidonomics: les trois temps d'un choc", en *Newsletters n° 10-20, Spécial coronavirus (Opinion)*, Policy Center for the New South, 7 de abril de 2020.

Maathai, W., *Un défi pour l'Afrique*, Éditions Héloïse d'Ormesson, París, 2009.

Magnard, F. y Tenzer, N., *La crise africaine: quelle politique de coopération pour la France ?*, PUF, París, 1988.

Massiera, A. y Pagacz, L., *L'Europe renforce sa coopération. Lomé IV*, L'Harmattan, París, 1992.

Mende, T., *De l'aide à la recolonisation. Les leçons d'un échec*, Seuil, París, 1972.

Montenay, Y., *Le mythe du fossé Nord-Sud ou Comment on cultive le sous-développement*, Les Belles Lettres, París, 2003.

Moyo, D., *Dead Aid*, Penguin, Londres, 2009.

Nyiembal, E., *Afrique : Les voies de la prospérité*, L'Harmattan, París, 2008.

Robert, A-C., *L'Afrique au secours de l'Occident*, Les Éditions Ouvrières, París, 2006.

Sachs, J., *The End of Poverty. How We Can Make It Happen In Our Lifetime*, Penguin, 2005.

Severino, J.M., & Ray, O., *Le Temps de l'Afrique*, Odile Jacob, París, 2010.

Sogge, D., *Les mirages de l'aide internationale. Quand le calcul l'emporte sur la solidarité*, Enjeux Planète, París, 2003.

Sossah Laenen, E., *Vers une nouvelle stratégie politique*, Strateges Editions, Bruselas, 2007.

Tinturier, J., *De la coopération à l'aide au développement en Afrique. Propositions pour une politique d'aide de la France*, L'Harmattan, París, 2000.

Vernières, M., *Développement humain. Economie et politique*, Economica, París, 2003.

Wabgou, M., "Aproximaciones teóricas para repensar el diálogo África, América Latina y el Caribe", en *Ciencia Política* n° 4, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2007, julio-diciembre.



Calle Guzmán el Bueno, 133
Edificio Germania, planta 10
28003 Madrid (España)
Tel.: (+34) 91 553 84 88
Correo electrónico: cideal@cideal.org
www.cideal.org